

Doctora en Filología hispánica. Su actividad investigadora se ha centrado en la narrativa argentina contemporánea, con una especial atención a la producción de las últimas décadas en relación con los procesos histórico-políticos y culturales. En esta línea ha dedicado varios estudios a la obra de Juan José Saer (es autora del libro *La incertidumbre de lo real: bases de la narrativa de Juan José Saer*, 2001), Ricardo Piglia y Rodolfo Walsh, entre otros autores. Actualmente orienta su investigación hacia la prosa de vanguardia (línea ya apuntada en varios trabajos previos sobre Macedonio Fernández) y las relaciones culturales y literarias entre las vanguardias española e hispanoamericana.

RECUPERACIONES DEL PASADO COLONIAL EN ALGUNOS RELATOS DE JUAN JOSÉ SAER

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ

...la ficción tiene más que ver con el mito que con la historia
(Juan José Saer, «El valor del mito»)

La ficción narrativa de Juan José Saer recorre tanto la historia argentina contemporánea —desde los años del peronismo (*Responso*, *Cicatrices*¹) hasta la última dictadura militar (*Nadie nada nunca*, *Glosa*, *Lo imborrable*²)—, como destacados episodios de un pasado más o menos lejano. En este último apartado sobresalen dos momentos señalados en los que, hasta hoy, se ha centrado especialmente la narrativa del escritor: el período de la conquista y el siglo XIX, con dos obras significativas en cuanto a su difusión crítica: *El entonado*³, que se localiza temporalmente en el marco de la conquista con la historia de un grumete que sobrevive a una emboscada indígena y se convierte en «cronista» de su particular odisea en tierras americanas; y *La ocasión*⁴, que tiene como marco histórico en el que se desarrolla la acción el siglo XIX, concretamente —según declaraciones del escritor— el año 1872⁵. No obstante, otros textos, quizás menos estudiados por la crítica pero también altamente reveladores, establecen diversos lazos con determinados momentos históricos que podemos localizar en el período que nos ocupa, el «pasado colonial». Me refiero, por ejemplo, a *Las nubes*⁶, que narra sucesos «ocurridos» en 1804 y aún antes; y también a relatos anteriores como «Paramnesia» (*Unidad de lugar*)⁷, «Discusión sobre el término «zona»» (*La ma-*

yor)⁸ o ciertos episodios de otras «novelas» como *La vuelta completa*⁹, en los que se alude, desde distintas perspectivas y con mayor o menor énfasis y desarrollo, a los orígenes de la «zona» saeriana y a otros episodios del pasado (toda la narrativa saeriana contribuye a la conformación de la historia de esa «zona», ámbito ficcional en el que se desarrollan los relatos de Juan José Saer, desde el mito de los orígenes —a modo de ficción fundacional— hasta su desarrollo actual). Asimismo, no podemos obviar las referencias y comentarios que —si bien a otro nivel— se hacen constantes en *El río sin orillas. Tratado imaginario*¹⁰

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación postdoctoral subvencionado por la Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias dentro del Plan Investigación, Desarrollo Tecnológico e Innovación (I+D+I) de Asturias 2000-2001.

1 Juan José Saer, *Responso*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1964; *Cicatrices*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

2 Juan José Saer, *Nadie nada nunca*, México, Siglo XXI Editores, 1980; *Glosa*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1986; *Lo*

imborrable, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1993.

3 Juan José Saer, *El entonado*, México-Buenos Aires, Folios, 1983.

4 Juan José Saer, *La ocasión*, Barcelona, Destino, 1988.

5 Juan José Saer, «Realidad hecha sombras», *Primer Plano*, suplemento de cultura de *Página/12*, 13 junio 1993, pág. 3 (se trata de una conversación del escritor con los profesores de la Freie Universität Carlos Rincón y Marily Richter con ocasión de un encuentro de

narradores argentinos en Berlín). Para un análisis de estas novelas (*El entonado* y *La ocasión*), cuya complejidad no va a ser abordada en este trabajo, me remito a mi libro *La incertidumbre de lo real. Bases de la narrativa de Juan José Saer*, Oviedo, Departamento de Filología Española-Universidad de Oviedo, 2001.

6 Juan José Saer, *Las nubes*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, 1997.

7 Juan José Saer, «Paramnesia», *Unidad de lugar*, Buenos Aires, Galerna, 1967.

8 Juan José Saer, «Discusión sobre el término “zona”», *La mayor*, Barcelona, Planeta, 1976.

9 Juan José Saer, *La vuelta completa*, Rosario, Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, 1966.

10 Juan José Saer, *El río sin orillas. Tratado imaginario*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1991.

Recuperaciones del pasado colonial en algunos relatos de Juan José Saer

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ



Juan José Saer.

11
Denominación del propio autor para algunos textos de *La mayor*.

12
Este estudio tiene su origen en el análisis propuesto en mi libro, ya citado, *La incertidumbre de lo real...* donde puede encontrarse una versión más detallada y pormenorizada de determinadas partes de este trabajo.

13
«Descubrí la historia de Francisco del Puerto en el libro de Busaniche (donde hay catorce líneas sobre Francisco del Puerto) y eso es todo lo que leí sobre esta historia. Copié esas catorce líneas y no volví a leer más nada». Aunque después rectificaré diciendo «[...] también leí otras cosas. Traté de poner algunas cosas, digamos, para crear la «verosimilitud» realista. Pero todo eso no es lo esencial del relato» (Juan José Saer, «El valor del mito», *La historia y la política en la ficción argentina*, edic. de Sergio Delgado, Santa Fe, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, 1995, págs. 74 y 75 respect. Se trata de una intervención del escritor en «La política y la Historia en la ficción argentina», un encuentro organizado por la Dirección de Cultura de la Universidad Nacional del Litoral, del 7 al 10 de diciembre de 1994). Vid. José Luis Busaniche, *Historia argentina*, Buenos Aires, Solar, 1984, pág. 14.

14
La presencia del sol que lo envuelve todo en una atmósfera de irrealidad es una constante en la escritura saeriana.

Recuperaciones del pasado colonial en algunos relatos de Juan José Saer

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ

(especialmente en la sección titulada «Verano»). A estos textos narrativos que van desde la novela al relato breve, al «argumento»¹¹ e incluso a la «no-ficción», el «testimonio» o el «ensayo» dedico este trabajo, para tratar de perfilar el papel que esa presencia de

elementos históricos juega en la narrativa de un escritor que, como algunos de sus personajes, no cree en la Historia como recuperación de hechos del pasado, construyendo asimismo todo su universo narrativo como impugnación del realismo¹².

Si bien la etapa del descubrimiento y la conquista tiene por texto fundamental dentro de la producción saeriana a *El entenado*, un relato que, no obstante —si nos atenemos a algunas declaraciones del escritor— parece tomar como único referente directo con la historia apenas unas líneas que el historiador argentino Busaniche dedica en su *Historia argentina* a Francisco del Puerto, el único superviviente de la expedición de Juan Díaz de Solís al Río de la Plata¹³; ese marco referencial ya estaba presente, anunciando el desarrollo futuro de la escritura de aquella novela, en «Paramnesia», un relato de *Unidad de lugar*. Este breve texto contiene el germen de lo que después será la escritura de *El entenado*, no tanto —aunque también— desde un punto de vista argumental —proceso presente y recurrente en la producción saeriana, que tendremos ocasión de

15
«Háblame de Segovia [...]»; «Háblame de Madrid [...]»; «Hazme el cuento de que hay un océano y que nosotros lo cruzamos con el adelantado y él nos mandó en expedición hasta aquí [...] —Dime, dime cuéntame. A ver, cuéntame [...] Cuéntame de los indios y de las picas envenenadas. Hazme creer que todo eso es real. Hazme creer que no hemos estado siempre tú y yo y Judas en este lugar, rodeados de carroña y que hay algún otro lugar que no sea este» (Juan José Saer, «Paramnesia», *Unidad de lugar*, edic. cit., págs. 41 y 50 respect. Cito siempre por esa edición).

16
La fuente intertextual de esta anécdota o «cuento del rey y de Madrid» la desvela el propio escritor a modo de «Advertencia»: se trata del epistolario de Francisco de Quevedo (Carta LXIII, al Marqués de Velada y San Román, 1624): «Salí del juicio y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo no le había sucedido tal en su vida. Yo le dije: 'Vuesa merced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho ya muchas veces» (Juan José Saer, «Paramnesia», *Unidad de lugar*, op.cit., pág. 9).

17
Ibidem, págs. 39, 44 y 47 respect.

apuntar en este trabajo— sino desde la perspectiva de las constantes temáticas que recorren ambos textos.

En el escenario de una playa frente al río y bajo el ambiente sofocante de un mes de febrero austral, con el poder amenazador y perturbador de un sol que envuelve a los personajes en una atmósfera de irrealidad¹⁴, «Paramnesia» nos presenta un «episodio» del descubrimiento y la conquista del territorio americano focalizado en la paranoia de un capitán que resiste, junto a un soldado y a un fraile moribundo, ante un ejército muerto a manos de los indígenas. El capitán se nos presenta obsesionado por la idea de «lo real» y por la existencia de un pasado lejos de esas tierras. Si bien «sabe» de la existencia de un tiempo y un espacio inscritos fuera de los márgenes del presente y de ese espacio recién descubierto, e incluso de hechos ocurridos y vividos por el propio personaje en ese nuevo territorio pero en un tiempo anterior al momento en que lo encontramos, no será sin embargo capaz de reconocerlos, de fijar su recuerdo y, por tanto, su posible existencia o «realidad». De ahí su insistencia en interrogar, amenazantemente, al soldado y al fraile sobre ese mundo lejano que para él ha perdido ya toda consistencia¹⁵. Buscando un asidero de realidad, el capitán exigirá al soldado que le cuente una vez más la anécdota del rey y el cochero que en una comitiva real volcó su coche, presenciada por el personaje antes de que la leva se lo llevara a tierras americanas¹⁶. En este sentido también, motivado por ese afán de apuntalar la realidad, el ejercicio del recuerdo, la necesidad de ejercitar sus débiles recuerdos reflexionando sobre cada uno de sus pensamientos, actos y movimientos:

«Uno puede levantarse y caminar hacia allí», pensaba. «Puede caminar sobre las hojas y hacerlas crujir.» No podía sacarse esa idea de la cabeza. «Y puede», pensaba, «levantarse y caminar, y ver desde allí, a la sombra, todo el fuerte. Cuando salga el sol voy hacia allí y miro en esta dirección para ver el real entero y la parte de playa que lo separa del río.» «Ahora estoy yendo otra vez al fuerte», pensó el capitán, seguido por su sombra.» «Él me ha contado del rey, y de Segovia y de Madrid», pensó¹⁷.

Todo para intentar afianzar ese mundo cercano que, sin embargo, se ha ido diluyendo an-

te sus ojos, una «realidad» de la que ya sólo quedan palabras desprovistas de todo significado. Todo el relato, como hemos podido constatar, está atravesado por la presencia del término «real», con un doble significado: ‘campamento de un ejército y especialmente el lugar donde está la tienda del rey o general’ –que forma parte del marco espacial en el que se desarrolla, descrito en el texto como un «grupo de semidecruidas construcciones de adobe y troncos bastos»¹⁸; y «real» como sinónimo de ‘existencia verdadera y efectiva’, base de la reflexión central del texto que confluye y contribuye a intensificar la atmósfera de indeterminación y confusión que envuelve a los personajes.

En *El río sin orillas. Tratado imaginario*, el narrador se refiere, en paralelo a las experiencias descritas en «Paramnesia», al proceso experimentado por los marinos que llegaban al continente americano, en concreto a los de la expedición de Solís, señalando como factor destacable y generalizado la pérdida de referencias:

El plural mayestático de las instrucciones reales, exorbitante y solemne, suena un poco demencial cuando, con la perspectiva histórica, lo comparamos a la realidad que esperaba a esos marinos. A medida que se iban alejando de España, principios, consignas y racionalidad se deshivaban. Iban siendo expelidos, más que de un lugar, de un sistema de valores, de un modo convencional de convivencia a los que nada sustituía en estas tierras desconocidas. Muy pocos conservaban las referencias necesarias para no perder pie en esa trampa pantanosa¹⁹.

En numerosas ocasiones «Paramnesia» nos remite a ese mundo de referencias perdidas que derivarán en la irrealidad e, incluso, en una amenazante locura que, por cierto, más allá de cualquier marco histórico, acecha a una amplia mayoría de personajes saerianos. Recordemos asimismo que la «paramnesia» se define como «falsificación retrospectiva; recuerdo de personas, cosas o hechos que nunca han existido, falso reconocimiento, ilusión de lo ya visto. Trastorno de la memoria en el que existe el recuerdo de las palabras pero con olvido de su significado»²⁰. Si bien el capitán de «Paramnesia» ve su entorno y el tiempo pasado como una ilusión, y en él sólo existe el recuerdo de palabras que ya no tienen significado, el personaje no llega a ningún «reconocimiento de lo desconocido» sino que, al contrario, lo que in-

tenta desesperadamente –y consciente de su fracaso– es reconocer lo conocido que para él ha perdido ya toda familiaridad e incluso realidad (en un proceso semejante al descrito en *El río sin orillas*). En este sentido, la paramnesia afectaría al soldado desde la perspectiva del capitán: el soldado es quien tiene la ilusión de ese recuerdo que, definitivamente, nunca habría existido para el capitán. El narrador reflexiona así sobre el recuerdo:

[...] pensó que el contacto no era más que recuerdo y que si volvía a pasar la mano por la pared el contacto sería parecido al primero, pero otro; del otro no quedaba más que la memoria, que era igual a nada. Pero la memoria, no el recuerdo. Recuerdo tenía uno solo, que volvía, y era el recuerdo no sabía de qué; un recuerdo que no tenía la fuerza suficiente como para traer consigo lo que recordaba y que estaba como entretenerado y diseminado entre los árboles y la hojarasca del montecito²¹.

Situado en un marco espacio-temporal preciso que, tal vez, desde otros parámetros de escritura, podría llegar a ser históricamente significativo, este relato, afianzando su carácter ficcional, no hace sino insistir en las bases mismas de la escritura saeriana: desarrollado a partir del trabajo sobre la percepción, la memoria y el recuerdo, nos devuelve una vez más al universo narrativo del escritor en el que esos tres elementos aparecen, insistentemente, como pilares básicos de reflexión y construcción.

Sin entrar aquí en el estudio de *El entenado*, no podemos dejar de constatar que, en este sentido, poco o nada cambiará en su escritura, como tampoco en la trayectoria narrativa posterior del escritor, que vuelve a insistir sobre los elementos puestos en juego en «Paramnesia». Así, fácilmente vemos cómo una obra pensada inicialmente a partir de un personaje colectivo y no individual, bajo la forma de cuatro conferencias de un etnólogo²², se convierte en una novela que participa de la

18
Ibidem, pág. 37.

19
Juan José Saer, «Verano», *El río sin orillas. Tratado imaginario*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1994, pág. 45. Cito siempre por esta edición.

20
Diccionario terminológico de ciencias médicas, Barcelona, Salvat, 1984.

21
Juan José Saer, «Paramnesia», *Unidad de lugar*, op.cit., pág. 53. Las reflexiones de este tipo



Juan José Saer, *El entenado*.

se reiteran en el texto: «El recuerdo llegó en seguida, apenas pisó la hojarasca gris que los borcegués hacían crujir y estallar, pero de nuevo, como la primera vez, venía solo, sin lo que recordaba, como si existiese nada más que la posibilidad del recuerdo y después ninguna cosa real a qué aplicarlo» (*ibidem*, pág. 57).

22
Declaración del escritor en «El valor del mito», art. cit., pág. 74. Esta idea de una novela con personaje colectivo y en forma de cuatro conferencias la recupera en *Glosa*: «El verano anterior, Washington se ocupaba de sus cuatro conferencias –Lugar, Linaje, Lengua, Lógica– sobre los indios Colastiné, de las que, por el momento, nadie conoce más que los títulos: sumergido en tratados de historia y de antropología, se vio obligado a trabajar de noche a causa del calor, terrible en enero y febrero» (Juan José Saer, *Glosa*, Barcelona, Destino, 1988, pág. 99. Cito siempre por esta edición). Washington lee, en las páginas de *Glosa*, un facsímil de la *Relación de abandonado* escrita por el padre Quesada, que Marcos Rosemberg le ha traído de Madrid (*ibidem*, pág. 100). Este relato es el que el padre Quesada escribe después de sus conversaciones con el entenado: «Con los datos que fue recogiendo, el padre escribió un tratado muy breve, al que llamó *Relación de abandonado* y en el que contaba nuestros diálogos» (Juan José Saer, *El entenado*, Barcelona, Destino, 1988, pág. 132).

Recuperaciones del pasado
colonial en algunos relatos
de Juan José Saer

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ



Juan José Saer.

23
«Puse deliberadamente muchos anacronismos, sobre todo verbales. Palabras que son posteriores a los hechos porque no quería que hubiese ningún tipo de dudas acerca de la diferencia, para mí fundamental, que hay entre un libro narrativo y un libro histórico» (Juan José Saer, «El valor del mito», art. cit., pág. 74). Se produce entonces, como apunta Gramuglio, una «corrosión del verosímil realista» apoyada en un doble anacronismo: la inflexión filosófica y el lenguaje, no sólo en lo que al léxico se refiere, sino también en cuanto a una prosa poética que nada tiene de reconstrucción arqueológica (M^{ra} Teresa Gramuglio, «La filosofía en el relato», *Punto de vista*, 1984, núm. 20, año VII, pág. 35).

24
Juan José Saer, «Discusión sobre el término «zona», *La mayor*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pág. 101. Cito siempre el volumen por esta edición.

25
Juan José Saer, *La ocasión*, edic. cit., pág. 103.

26
Juan José Saer, *El limonero real*, Buenos Aires, Alianza Editores, 1987.

Recuperaciones del pasado colonial en algunos relatos de Juan José Saer

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ

crónica y las memorias, del relato de viajes, la novela picaresca y la novela filosófica: líneas que se corresponden con las vías privilegiadas por la escritura de la época que sirve de marco a *El entenado*. Pero, aún manteniendo lazos y subrayando determinados elementos que dotan de «verosimilitud histórica» a los relatos (también presentes en «Paramnesia» a partir de un vocabulario que configura una puesta en escena militar de época —«real», «borceguíes», «leva», «calzas», «talabarte»...), Juan José Saer, rompiendo con todo pacto intertextual, retoma los núcleos principales de su narrativa: la memoria, el recuerdo, la reflexión acerca del lenguaje y la escritura... Múltiples vías de lectura que se incardinan para reiterar las obsesiones centrales del escritor: la imposibilidad de recuperación del pasado, la inadecuación entre lenguaje y mundo y el abismo opaco que separa al hombre, ayer y hoy, en el viejo y en el nuevo mundo, de aquello que llamamos lo «real». Si con respecto a *El entenado* el escritor ha afirmado que la introducción de anacronismos fue deliberada²³, en «Paramnesia», como en *El entenado*, entre esos anacronismos se destacan aquellos relativos al pensamiento vertido que supera las perspectivas de la época en que se sitúa la acción, remitiéndonos, en definitiva, a un foco de reflexión y preocupaciones actuales.

La ocasión, por su parte, incidía en un núcleo histórico-cultural especialmente determinante: un espacio, la pampa; y un tiempo, el siglo XIX. Si bien esta novela se escapa al período delimitado en este trabajo, no podemos dejar pasar por alto el hecho de que su germen se encuentra en unas pocas líneas del relato «A medio borrar» (*La mayor*), texto que, como *La ocasión* y *El entenado*, nos remite a los orígenes de la «zona» saeriana: Garay López es un antepasado de los hermanos Garay, los mellizos Pichón y el Gato. Recordemos, haciendo el correspondiente paralelismo con la historia, que Juan de Garay fue el fundador de la primera ciudad de Santa Fe, después trasladada a su actual emplazamiento.

27
Juan José Saer, *La vuelta completa*, op.cit., pág. 218.

28
Ibidem, pág. 214.

En «Discusión sobre el término zona» (uno de los «argumentos» de *La mayor*), se alude a los orígenes de la familia Garay, cuyos miembros «sostienen descender del fundador, Juan de Garay»²⁴, idea que reitera en *La ocasión* el padre del médico: «Nosotros llegamos aquí casi con Cristóbal Colón»²⁵. En cuanto a la fundación de la «zona» saeriana, la recreación del mito primigenio de los orígenes aparece en forma de leyenda en las últimas páginas de *El limonero real*²⁶ y, bajo la forma de un cuento tradicional, nos encontramos con una historia fabulada en la que se alude a la segunda fundación de Santa Fe en *La vuelta completa*.

En esa novela, la presencia de un camalotal en el río evoca, a través de un personaje recurrente en la narrativa saeriana, Barco, una historia ocurrida en un convento franciscano en el escenario y época de la segunda fundación de Santa Fe. Barco cuenta esa historia, que define como una narración tradicional —una «historia de héroes y villanos»²⁷— a Panchito, y a lo largo de su relato se intercalan, una y otra vez, alusiones a la construcción misma del relato oral como texto verosímil y ficcional:

—Es necesario aceptar la convención. La convención es un fenómeno humano. Además es una historia sencilla, adecuada a la época en que se desarrolla. Hay que creerla a pesar de sus incongruencias²⁸.

Se trata entonces de una historia —suerte de parodia de *Las florecillas de San Francisco*, intertexto aludido en el propio relato— que asume la forma de un cuento tradicional con su correspondiente moraleja, pero que alude y cuestiona en todo momento sus propios mecanismos de construcción, en una tendencia que se hará constante —y bastante más radical— en la trayectoria posterior del escritor, para derivar una vez más en una determinada visión del ser humano en sus relaciones con el mundo. Si el relato oral de Barto tiene como marco espacio-temporal la costa del Paraná (concretamente, como apuntaba, el emplazamiento de la segunda fundación de Santa Fe) entre los siglos XVI y XVII (se alude a la fundación de Santa Fe en el siglo XVI y la anécdota de los frailes con el tigre discurre hacia fines del siglo XVII), determinados núcleos de sentido del texto se refieren, dotando de «verosimilitud histórica» al relato aunque con una alta dosis de ironía, a la presencia de los

españoles en el Río de la Plata, a la situación de los indígenas o a la captación de América por el europeo —superando ya el marco mismo de la conquista y descubrimiento—:

En eso nos diferenciamos de esos tontos europeos. Si una mañana apareciera una boa en el Sena, ellos atribuirían un origen mágico al hecho; el diablo que mete la cola, o algo así. En cambio, un cazador de cabezas en Corrientes y Esmeralda podría explicarse causalmente, dialécticamente. El gran Paraná da para todo, ¿no es cierto? Tendríamos todas las fases del proceso al alcance de la mano; en cambio ellos, con la naturaleza escamoteada por la burocracia colonial, habituados a considerar como exotismo todo lo que no pertenezca al Continente, incluso a los ingleses, y a la naturaleza como un orden separado y trascendente, concebirían el fenómeno como algo al margen de todo proceso. Nosotros los americanos sabemos que, agolpada en el suburbio de nuestras ciudades está la selva, devoradora de ciudades, o la llanura siempre idéntica a sí misma en la que un hombre puede volverse loco de soledad y tristeza, y si vemos aparecer un día un tigre sobre un camalotal, lo primero que haremos es tratar de cazarlo antes que especular sobre la significación de su presencia en una región donde se supone que nunca ha habido tigres²⁹.

Pero en el desarrollo del relato cada vez cobra mayor peso la reflexión sobre el propio acto de contar y sobre la condición humana, en un movimiento propio de la escritura de Juan José Saer.

Finalizado este recorrido que funciona como hilo conductor para el conjunto de la producción saeriana, centremos nuestro interés en *Las nubes*, un texto que perfila claramente las relaciones que la escritura saeriana ha venido estableciendo entre historia y ficción³⁰. Las vicisitudes por las que pasan el doctor Real y su peculiar séquito de «enfermos, indios, mujeres de mala vida, gauchos, soldados y hasta animales domésticos y de los otros»³¹ recorriendo la llanura, convierten el viaje narrado en *Las nubes* en una particular epopeya en la que las inclemencias del tiempo serán el obstáculo principal a vencer. El relato va estableciendo así una particular filiación no sólo con la novela llamada «histórica», sino también con el género autobiográfico (bajo la forma de unas memorias), con la novela de aventuras y con los libros de viajes de los siglos XVIII y XIX³². Pero estos pactos genéricos serán superados a través de una escritura que

va a poner en primer plano, una vez más, las «obsesiones» centrales del escritor.

El relato asume, como decía, la forma de unas memorias escritas en 1835 por el doctor Real que una anciana habría puesto en manos de Marcelo Soldi. En esas memorias el doctor narra unos sucesos localizados en el virreinato en 1804, si bien el texto recupera también años anteriores que nos remiten al período de formación del doctor Real en Europa (que podemos situar en las últimas décadas del siglo XVIII) y a los primeros años de vida de la casa de salud fundada por el doctor Weiss (inaugurada en 1802). Sin embargo, el texto que nos llega a nosotros, lectores de *Las nubes*, es el resultado de un tejido de mediaciones: no leemos directamente el manuscrito del doctor Real, sino la versión que, en un presente situado en 1987, Soldi ofrece a Pichón Garay³³. El personaje, tras descifrarlo y pasarlo en limpio —«con total fidelidad»³⁴—, se lo ha enviado, en un disquete, desde la ciudad natal de un Pichón que en el presente de la narración se encuentra en París. El texto incluye además algunas anotaciones de Marcelo Soldi. Pero es más, no sólo recibimos ese texto descifrado y anotado, sino que además asistimos a la lectura que, a través del ordenador, Pichón Garay hace del texto. Saer ha explicado este tejido de mediaciones como un recurso para acentuar el carácter ficcional de la novela:

Todo ese tipo de distanciamiento es necesario para no darle al lector la ilusión de que yo esté escribiendo una novela histórica o reproduciendo alguna realidad. Pero al mismo tiempo, quise que, con todos esos recaudos, el efecto de realidad sea fuerte. Al punto tal que más de uno me preguntó si esa casa de salud, o ese personaje, el doctor Real, existieron en realidad. Las novelas que me interesan para leer son aquellas en las cuales el efecto de realidad sustituye la percepción del mundo real. En ese sentido, la ficción es más real que la realidad y parece más significativa. Pero es una creación totalmente arbitraria³⁵.

Las nubes se inicia con una presentación en la que se nos desvela ese tejido de mediaciones que la novela pone en juego. En esa presentación leemos unas palabras de Soldi que, en una carta que envía a Pichón junto con el disquete, alude a la importancia que para él tiene su opinión sobre el manuscrito, pues «contrariamente a lo que yo considero» —escribe el personaje— «Tomatis afirma que no se

29
Ibidem, págs. 221-222.

30
Como ya he apuntado, una versión extensa de este estudio puede encontrarse en mi libro *La incertidumbre de lo real. Bases de la narrativa de Juan José Saer*.

31
Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit., pág. 61.

32
Saer se refiere a *Las nubes* como una «suerte de epopeya» en la que las variaciones climáticas serían los elementos adversos que los personajes de esta epopeya deben superar, señalando un paralelismo concreto entre una imagen de la novela y el paradigma de la novela épica y de aventuras por excelencia, la novela artúrica: «Es el aspecto mitológico popular de las epopeyas. De la misma manera que el campo quemado, absolutamente negro después del incendio, responde a la leyenda de la búsqueda del Grial que emprende Arturo. Yo quería que esos temas, aunque muy lejanamente, fueran orquestando el relato» (Declaraciones del escritor a Miguel Russo, «Saer o no Saer», *Radar*, suplemento de *Página/12*, 1997, año 2, n.º 65, pág. 20).

33
Referencias textuales llevan a determinar el año, al que no se alude directamente en el texto, si bien se precisa el día: un seis de junio (Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit., pág. 11). Según esas referencias el relato se sitúa en un tiempo inmediatamente posterior, un año después, al tiempo de *La pesquisa* (Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina/ Seix Barral, 1994); y si tenemos en cuenta que *La pesquisa* (*ibidem*, pág. 51) nos sitúa ocho años antes de la desaparición del Gato y Elisa, que *Glosa* (Buenos Aires, Alianza Editorial, 1986, pág. 142) localiza en 1978, llegamos a la fecha apuntada como marco temporal de la lectura del manuscrito que Pichón realiza en *Las nubes*.

34
Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit., pág. 13.

35
Declaraciones del escritor a Miguel Russo, entrev. cit., pág. 20.

Recuperaciones del pasado colonial en algunos relatos de Juan José Saer

MARÍA BERMÚDEZ MARTÍNEZ

36

Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit, pág. 13. La cursiva pertenece al texto. Toda esta «presentación» que encabeza la novela aparece en letra cursiva.

37

«[...] ¿qué otra cosa son los Anales, la Memoria sobre el calor de Lavoisier, el Código Napoleón, las muchedumbres, las ciudades, los soles, el universo?» (id.).

38

«No lo hago con veleidades de historiador porque no tengo ninguna fe en la historia. No creo ni que pueda servir de modelo para el presente, ni que podamos recuperar de ella otra cosa que unos pocos vestigios materiales, lápidas, imágenes, objetos y papeles en los que, lo reconozco, lo que parece escrito puede ser un poco más que materia. Lo que percibimos como verdadero del pasado no es la historia, sino nuestro propio presente que se proyecta a sí mismo y se contempla en lo exterior» (ibidem, pág. 12).

39

Juan José Saer, «El valor del mito», art. cit., pág. 82. Con respecto al estatuto de la ficción en relación con la historia, vid. también las intervenciones de Saer en *Semana de autor. Augusto Roa Bastos* (11-14 de noviembre de 1985), Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana-Ediciones de Cultura Hispánica, 1986.

40

«Elegí la pampa porque yo nací en la llanura y era una forma de buscar sensaciones particulares que ese paisaje siempre me produjo, imaginaria y empíricamente» (Declaración de Saer a González, Juan Carlos, «Juan José Saer. Nada puede nombrar lo real», *La voz del interior* [Córdoba], 30 octubre 1997).

41

Vid., por ejemplo, págs. 66 y 73-74.

trata de un documento auténtico sino de un texto de ficción»³⁶. No obstante, Soldi rectificará inmediatamente esa opinión para afirmar, con Tomatis, el carácter ficcional del texto, reflexionando por escrito acerca de la esencia ficcional no sólo de los documentos históricos sino incluso de la realidad³⁷. En esa misma carta, el personaje ya se había planteado las relaciones entre historia y ficción, eje central de reflexión del texto, señalando que su afición por los archivos no viene dada por un supuesto interés histórico en tanto declara no tener «ninguna fe en la historia»³⁸.

Si recuperamos aquí las reflexiones saerianas sobre la llamada «novela histórica», llegaremos a la conclusión —con Saer, Soldi o Tomatis— de que la ficción puede utilizar cualquier imagen, del pasado o del presente, de la realidad inmediata o lejana, para crear un mundo propio, un mundo regido por leyes internas a la propia escritura y que no por ello debe ser considerado como «falso». Podríamos hablar de una «verdad» de la ficción, pero que nada tiene que ver con la verdad histórica: la historia pretende ser instrumento de conocimiento —objetivo y verdadero— del pasado; mientras que la única «verdad» de la ficción es la verosimilitud, su coherencia interna y congruencia. Así, la ficción se acercaría más —en opinión de Saer— al mito que a la historia:

El mito no es ni verdadero ni falso. El mito es. Si existe como mito ya existe [...] en tanto que mito no es obligatorio y participan de ese mito sólo las personas que creen. A mí me parece totalmente legítimo creer en un mito. Y jamás se lo somete a un mito a la prueba de realidad. Se cree en él o no se cree. Además a ese mito se lo puede interpretar de mil maneras diferentes, pero cuando es un dogma, no³⁹.

Desde estos parámetros debe entenderse la escritura de *Las nubes*, que vuelve a hacer presente el espacio pampeano, ahora en el período

do final del virreinato. Según declaraciones del escritor, su insistencia en la elección de ese marco espacial viene determinada (como en *La ocasión*) por las sensaciones que convoca, actuando de nuevo como metáfora de la percepción⁴⁰. La novela insiste en detallar las impresiones producidas por esa llanura inmóvil que, en último término, no hace sino crear una atmósfera de irrealidad⁴¹. Percepción, memoria y recuerdo vuelven a ser los ejes sobre los que gravita la escritura de *Las nubes* que, como otros textos saerianos, recupera un espacio y un tiempo histórico para abordarlo desde una mirada localizada pero anacrónica que queda magníficamente plasmada en un Bianco que, en las primeras páginas de *La ocasión*, se nos presenta como «un anacronismo recién pintado erigido en medio de la llanura»⁴². Si tenemos en cuenta que ese viaje que relata *Las nubes* no es sino un recorrido por una geografía muy diferente a la de la pampa histórica, un viaje por el mapa del delirio entendido en su sentido etimológico de «salirse del surco o de la huella»⁴³, entenderemos fácilmente el recorrido trazado en el texto. Así, las reflexiones que sobre la locura y el poder se reiteran en el manuscrito del doctor Real superan, también, cualquier marco preciso, histórico o nacional, para remitirnos a un fondo de pensamiento actual en el que fácilmente descubrimos la huella del discurso de Michel Foucault⁴⁴. Así, si bien locura y delirio aparecen asociados al poder como símbolos de la historia del país desde el momento en que está construyéndose, la escritura de *Las nubes* alude no sólo a la historia argentina sino a cualquier tiempo y lugar, remitiéndonos, en último término, a una determinada percepción de lo real.

Las nubes pone también en juego, como los otros textos saerianos que venimos analizando, determinados recursos para dotar de «verosimilitud histórica» al relato, no sólo desde un punto de vista lingüístico («virreynato») sino también, y especialmente, a partir de la recuperación de determinados tópicos o imágenes asociadas tradicionalmente a la llanura: el malón, el gaucho, la pampa como espacio vacío, la pampa como mar... Entre esas figuras recuperadas podemos destacar, por su originalidad y a modo de ejemplo, la presencia de un personaje, el cacique Josesito, un indio mocoví que se dedica a asaltar las poblaciones y caravanas. Según leemos⁴⁵, Josesito

42

Juan José Saer, *La ocasión*, op.cit., pág. 17.

1985 (2 vols.); y *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets Editores, 1987.

43

Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit., pág. 200.

44

En Juan José Saer, *Las nubes*, op.cit., págs. 68-73. Las citas relativas a la historia de Josesito que aparecen a continuación en el texto pertenecen a este pasaje de la novela.

44

Vid. Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, Madrid, F.C.E. España,

había sido un «cristiano ferviente», educado en una reducción «al sur de San Javier» que, a causa de una suerte de «querrela religiosa», habría «desertado de la civilización». A partir de ese momento optará por el alcohol, «las mujeres blancas» y los caballos, declarando la guerra a los cristianos e instalando el terror por la pampa (aunque más tarde, al encontrarse con Josesito y su cuadrilla, el doctor Real tendrá oportunidad de constatar lo mucho que hay de leyenda en esas afirmaciones, ya que los supuestos «salvajes» respetarán la caravana del doctor e incluso les ayudarán). Josesito, en sus años con los curas, habría aprendido a tocar el violín. Así, cada vez que su grupo cometía alguna de sus andanzas, se contaba que el indio, amante de la música, que ejecutaba con maestría, solía pasearse entre ruinas y cadáveres tocando un violín que siempre llevaba terciado al hombro. Estos y otros datos dispersos hacen pensar en una versión –paródica una vez más– de Francisco Solano. En esta línea se mueve el texto, todos esos tópicos van a ser de nuevo «reescritos» para remitirnos a un mundo esencialmente ficcional que reitera las imágenes propias del universo del escritor. Un referente intertextual destacado para la desmantelación de esos tópicos puede encontrarlo el lector interesado en *El río sin orillas*, un «tratado imaginario» que, siguiendo una línea propia de escritura, va a tomar como principales «fuentes probatorias» en su recorrido por la historia del Río de la Plata (desde el descubrimiento a la última dictadura militar) referentes literarios y lingüísticos, al lado, por supuesto, del relevante papel que juega en todo momento la experiencia personal como «fuente probatoria» de veracidad.

Desde aquí, si nos preguntamos por las relaciones que los textos saerianos establecen entre la historia y la ficción podríamos concluir que, según el recorrido trazado, la «es-

critura histórica» de Juan José Saer enlazaría, en líneas generales, con la que se ha dado en llamar «nueva novela histórica», cuyo punto de partida se situaría a mediados del siglo XX. Toda una serie de experiencias históricas que habrían llevado, en última instancia, a una toma de conciencia acerca de la imposibilidad de alcanzar verdades únicas e inmutables. La incertidumbre se dibuja entonces como seña fundamental de esta nueva mentalidad que, en el campo literario, llevará a cabo ciertas modificaciones con respecto a los planteamientos iniciales de la llamada «novela histórica tradicional»: entre otros, la distorsión consciente de hechos y personalidades, la introducción de anacronismos, la reflexión metaficcional, la intertextualidad, la parodia... Recursos varios que contribuyen a la pérdida, en definitiva, del equilibrio entre el plano anecdótico y el histórico, no sujetándose ya la escritura a la «verdad» de la historia sino «rescribiendo» esa historia desde la complejidad de una mirada que se abre a múltiples interpretaciones, casi siempre en una búsqueda de visiones alternativas a la «verdad oficial». Se trata de recuperar un tiempo pasado no con la intención de reescribir ese pasado –aún cuando éste, parcial o totalmente, se reescriba–, sino en cuanto suponen un campo propicio para la expresión de ciertas ideas que reflejan una visión, subjetiva y actual, del mundo y del hombre. Serían, dentro de la clasificación propuesta por Noé Jitrik para la narrativa histórica actual, escrituras «situadas» pero «libres»⁴⁶. El objetivo no está en la recuperación de un pasado más o menos lejano, sino que es la propia escritura la que adquiere un papel destacado, ya no se cree en la «verdad» de la historia y se insiste, por contra, en la única verdad ficcional: la verosimilitud. Mecanismo que funciona en cada una de las que, siempre desde esta perspectiva, podríamos llamar «propuestas históricas» de la narrativa de Juan José Saer.

46

Noé Jitrik, «La escritura como salida», en *La selva luminosa. Ensayos críticos 1987-1991*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., 1992, págs. 19-23.